
Desentrañando el misterio populista

Matías Mongan Marcó⁹

El impacto que generó el triunfo de Donald Trump en Estados Unidos, el triunfo del BREXIT en el Reino Unido y el avance sostenido de las fuerzas políticas de extrema derecha en Europa volvió a poner en el centro de la agenda pública al populismo. A pesar de que este suele presentarse como un fenómeno *nuevo* a raíz del discurso “antiestablishment” enarbolado por los líderes populistas, lo cierto es que el populismo es un concepto de largo alcance que históricamente ha surgido en momentos de crisis y/o transición del sistema-mundo capitalista.

Los primeros movimientos considerados populistas datan del siglo XIX y se originaron en Rusia y Estados Unidos, en ambas ocasiones las revueltas nacieron como rechazo a las brutales condiciones de trabajo a la que era sometido el campesinado agrícola de la época. Mientras en el caso norteamericano el reclamo fue liderado por los granjeros que buscaban defender su libertad individual para comercializar sus productos e incrementar sus ganancias, en el caso ruso las manifestaciones fueron impulsadas por intelectuales ilustrados - los *narodniki* - que intentaron establecer sistemas de producción colectivistas para construir una suerte de socialismo agrario que se debía consolidar a partir de entidades económicas autosuficientes.

La mayor parte de los investigadores ven al populismo como un fenómeno “excepcional” que irrumpe sobre todo en momento de alta conflictividad, o sea cuando los sistemas de gobierno colapsan o muestran señales marcadas de deterioro. “En general, los populismos clásicos han irrumpido en contextos de crisis de los regímenes oligárquicos que marginaron a grandes sectores de la política. Por ese motivo han entendido la democracia como la ocupación de espacios públicos de los cuales los pobres y los no blancos estaban excluidos, más que como el respeto a las normas e instituciones de la democracia liberal” (De la Torre, 2013: 1).

A pesar de que este fenómeno suele materializarse en épocas de crisis, es preciso remarcar, añade De la Torre (2013), que el populismo también aparece en épocas “normales” (Knight 1998; Canovan 1999) y que en algunas regiones posee un valor político propio institucionalizado al interior de la sociedad.

Un ejemplo paradigmático en este sentido es Latinoamérica, donde la aparición del populismo en la década del treinta permitió dotar de un mayor dinamismo a las democracias y contribuyó al derrumbe de los regímenes oligárquicos que comandaban los destinos de los países. De

⁹ Magíster en Relaciones Internacionales

acuerdo a Fernando Calderón (1988) el “interregno populista”, encabezado por líderes de masas como Hipólito Yrigoyen y Juan Domingo Perón, no sólo sirvió para mejorar la calidad de vida de millones de personas que estaban excluidas de la “elitista” y “corrupta” democracia argentina, sino que también garantizó la estabilidad hegemónica mientras se llevó adelante el paso del régimen oligárquico terrateniente al sistema democrático liberal. “Solo bajo el populismo, con la integración de las masas al mercado, la relativa sustitución de importaciones, la urbanización, la expansión ciudadana y otros cambios y reformas socioculturales, con diferentes intensidades y diferentes ritmos, se impuso finalmente la modernidad en América Latina, y lo hizo a la latinoamericana” (Calderón,1988:226).

Las tensiones siempre están presentes al interior de una sociedad, por ende, la legitimidad y el consenso de los gobiernos varía de acuerdo al grado de respuesta que puedan brindar a las “necesidades” de los distintos sectores sociales. En este sentido Germani (2010) asegura que el proceso de modernización política en Argentina fue muy lento, lo que llevó a que exista un fuerte “desfasamiento” entre la activación de las clases populares y la formación de los canales institucionales necesarios para su participación (Germani, 2010). Esta es justamente una de las principales fortalezas de los líderes populistas, quienes son capaces de percibir con antelación los déficits de representación y de explotarlos políticamente a su favor.

¿Pero ahora bien que entendemos por populismo y de qué manera su discurso se inserta en las sociedades europeas del siglo XXI?

El populismo es un concepto fuertemente criticado en las ciencias sociales, ya que dado su carácter elusivo y altamente maleable suele resultar de muy difícil definición. Esto lleva a que existan un sinnúmero de definiciones respecto a este tema, algunas hacen más hincapié en el aspecto discursivo del fenómeno mientras otras también intentar englobar los lineamientos ideológicos que muchas veces se esconden detrás del andamiaje comunicativo populista.

Una definición que creo que combina bien estas dos variables es la desarrollada por el politólogo holandés Cas Mudde (2004), quien define al populismo como una "ideología no densa que considera que la sociedad se divide en dos campos homogéneos y antagonistas: el pueblo puro y la elite corrupta, y que sostiene que la política debe ser la expresión de la *volonté générale* (voluntad general) del pueblo"(Mudde, 2004: 543).

Según Michael Freeden se trataría de una ideología delgada que plantea un conjunto de prácticas discursivas comunes, de ahí que puedan surgir tanto populismos de derecha como de izquierda. Esta ambigüedad lleva a que las expresiones populistas casi siempre estén combinadas con otras ideologías más “grandes” que finalmente terminan definiendo los objetivos de los distintos partidos políticos: como por ejemplo el conservadurismo, el liberalismo, el nativismo, el

americanismo, etc. “Esto implica que en el mundo real hay muy pocos, por no decir ninguna, formas puras de populismo, sino más bien subtipos de él que muestran una articulación específica con ciertos lineamientos ideológicos (Laclau, 1977)”.

Para una mayor comprensión de un fenómeno tan confuso y laxo creo que es preciso separar las dos facetas que forman parte de este (la discursiva y la ideológica/programática), las cuales a pesar de actuar de forma autónoma están intrínsecamente conectadas entre sí. La primera permite que la segunda se expanda al interior de un grupo social y por ejemplo genere consenso en Europa aprovechando la crisis de representatividad que atraviesan las sociedades, como consecuencia de la institucionalización de las políticas de austeridad impulsadas por la UE.

El “pueblo” ocupa un rol central en el entramado discursivo utilizado por los líderes populistas. A pesar de que suelen verlo como una masa homogénea, el “pueblo” no es un objeto concreto señala Laclau (2005), es más que nada una construcción discursiva que engloba a la vez a toda la sociedad y más precisamente a un sector de esta: los excluidos.

En el marco de una realidad social compleja e hiperconectada, donde no existe una identidad nacional pura, sino que esta es siempre construida en un proceso de continua puja entre distintos grupos sociales y culturales que buscan imponer su imaginario sobre los demás, los *significantes vacíos* utilizados para definir “pueblo” y “elite” a la postre nos van a permitir diferenciar a los distintos tipos de populismos.

Así, por ejemplo, señalan Cas Mudde y Cristóbal Rovira, el populismo de izquierda en Sudamérica siempre hizo hincapié en el aspecto económico como variable principal para construir el concepto “pueblo”, lo que le llevó a promover un discurso y políticas públicas inclusivas orientadas a beneficiar a los sectores más precarizados de la sociedad. Los populismos europeos de derecha en cambio resaltaron la importancia de la identidad étnica como elemento central del ser nacional, lo que los llevó a impulsar un discurso político de corte excluyente. Esto sería producto de la influencia del nativismo, el cual según Mudde (2007) debe “ser entendido como un andamiaje ideológico que plantea que los estados sólo deben estar habitados exclusivamente por miembros de un grupo nativo (la nación) y que aquellos elementos no nacidos en ese lugar (personas e ideas) son fundamentalmente una amenaza para la conformación de un estado nación homogéneo” (Mudde, 2007:19).

Haciendo una utilización política de la teoría del choque de civilizaciones (Sen, 2007:11), los populistas se presentan como los “defensores” de la cultura local la cual estaría amenazada como consecuencia de los efectos negativos de la globalización. De esta forma, se construye discursivamente al “otro”, al que se le atribuyen la culpa de los males que atraviesan las sociedades occidentales. Los enemigos dialecticos pueden ser muy variados: desde el terrorismo internacional, los medios de comunicación, la inmigración “descontrolada”, la propia UE o la

mundialización económica que produce impactos negativos sobre las estructuras productivas nacionales.

Para hacer frente a estos a *actores ajenos* a la identidad nacional, líderes autoritarios como Matteo Salvini, Víctor Orban, promueven la construcción de Estados fuertes para poder defender a los intereses del colectivo “autóctono”. Bajo este argumento, no dudan en atacar sistemáticamente a las minorías, a las cuales no dudan en negarles el acceso a los derechos más mínimos consagrados en las convenciones internacionales de Derechos Humanos y en la propia Unión Europea.

En vez de hacer frente al “boom populista” y defender los valores democráticos que en el pasado la hicieron sobresalir como “sistema de gobernanza cosmopolita” (Sanahuja 2012), la UE parece decidida a plegarse al rebrote derechista para garantizar la supervivencia política de un proceso de integración que no logra salir de su crisis estructural.

Esto quedó en evidencia en la pasada cumbre migratoria realizada el 28 y 29 de junio en Bruselas, en donde el bloque populista de derecha impuso su mirada sobre el “problema de la inmigración” y logró que Bruselas fortalezca el control de sus fronteras exteriores para reducir la llegada de refugiados e inmigrantes económicos. Además de poner fin al sistema de cuotas obligatorias de reparto creado en 2015, lo que representa una victoria rotunda de los mandatarios populistas de extrema derecha nucleados en el grupo *Visegrado* que se niegan a recibir un solo refugiado o inmigrante irregular; en el acuerdo, se propuso la creación de plataformas regionales de desembarco en terceros países para regular el flujo migratorio en el Mediterráneo. Una suerte de externalización migratoria que violaría el principio de no devolución que sirve de base para el Derecho de asilo, un principio central del Derecho Humanitario que está protegido por un sinnúmero de convenios internacionales de Derechos Humanos.

A pesar de que la UE está confiada en poder contener al fenómeno populista a través de su intrincado proceso de toma de decisiones, habrá que ver hasta qué punto estos modelos en pugna pueden coexistir pacíficamente, sobre todo tomando en cuenta que la fuerte defensa de la soberanía nacional impulsada por el populismo de derecha va a contramano del discurso transnacionalista difundido por Bruselas.

A pesar del esfuerzo de los funcionarios comunitarios por intentar transmitir tranquilidad y la imagen de que Europa “avanza” y “consolida” su proceso de integración, es indudable que la irrupción del populismo de derecha incrementó notablemente la incertidumbre a nivel internacional ya que puso en duda las costumbres institucionalizadas durante los últimos setenta años en el orden mundial.

La llegada al poder de líderes como Donald Trump en Estados Unidos, Matteo Salvini en Italia, el triunfo del BREXIT, el crecimiento electoral sostenido del Frente Nacional en Francia y la meteórica aparición de la extrema derecha en Alemania abren un nuevo escenario internacional, sobre todo tomando en cuenta que estos países son los que históricamente han estado a cargo de estructurar el sistema global de gobernanza.

Otra muestra de que no estamos ante un escenario coyuntural es que, a pesar de que la Unión Europea parece haber dejado atrás la fase económica recesiva que sirvió como disparador de la irrupción populista, el avance de este sector no tiene visos de detenerse. El último en sumarse a esta tendencia es el Partido Popular (PP) de Pablo Casado, quien recientemente se volcó al discurso anti-migrante para tratar de recuperar el poder en España, uno de los pocos Estados europeos (junto a Portugal y a la Francia de Macron, quizás) que se ha mantenido a salvo de la “revolución conservadora” y que en grandes rasgos aún respeta los principios del derecho internacional humanitario.

Como se ve, la situación es más que compleja, ya que la fuerte impronta nativista promovida por los populistas, amenaza con elevar el nivel de conflictividad y las violaciones a los Derechos Humanos en Europa a niveles que no se veían desde los tiempos de los totalitarismos.

Por otra parte, este cambio sistémico, ya que estaríamos pasando de un modelo transnacionalista basado en una hegemonía cooperativa a uno donde el poder se ejerce de forma más vertical, sin dudas va a llevar a incrementar el nivel de conflictividad regional. Este nuevo escenario, por ejemplo, aumentaría las pujas por el poder entre estados soberanos que en todo momento buscarían mejorar su posición relativa frente a los demás. Al hacerse cada vez más difícil obtener consensos multilaterales también se profundizaría el impacto de los “males públicos globales”, los cuales -como hemos visto luego de las experiencias estadounidenses en Irak y Afganistán- no pueden ser solucionados a través de miradas unidimensionales y simplificadoras de la realidad internacional.

Referencias bibliográficas

-Fernando Calderón (1988), “Identidad y tiempos mixtos o cómo pensar la modernidad sin dejar de ser boliviano”, en “Imágenes desconocidas. La modernidad en la encrucijada posmoderna”, Clacso, Santiago de Chile.

-Carlos de la Torre (2013), “El populismo latinoamericano: entre la democratización y el autoritarismo”, revista Nueva Sociedad Nº 247, Argentina, pp.120-137.

- Roberto García Jurado (2010), "Las raíces del populismo. Los movimientos populistas del siglo XIX en Rusia y Estados Unidos", Revista Argumentos, vol. 23, núm. 63, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco, México, pp. 267-288.
- Gino Germani (2010), "El surgimiento del peronismo. El rol de los obreros y de los migrantes internos", en Carolina Mera y Julián Rebón (eds.), "Gino Germani: la sociedad en cuestión", Clacso, Buenos Aires.
- Ernesto Laclau (1977), "Politics and ideology in Marxist theory: capitalism, fascism, populism", NLB, Reino Unido.
- Cas Mudde (2004), "The Populist Zeitgeist", Cambridge University Press, Volume 39, Issue 4, Reino Unido, pp. 541-563.
- Cas Mudde (2007), "Populist Radical Right Parties in Europe", Cambridge University Press, Reino Unido.
- Cas Mudde, Cristóbal Rovira (2011), "Voices of the peoples: populism in Europe and Latin America compared", Kellogg Institute for International Studies, Working Paper 378, Estados Unidos.
- José Antonio Sanahuja (2012), "Las cuatro crisis de la Unión Europea", Anuario Ceipaz 2012-2013, Fundación Cultura de Paz, España, pp. 51-84.